

fin de la guerra se observó que las minas daban menos que antes.

Hay varios accidentes, que pueden engañar las esperanzas de los empresarios, y yo conocí á muchos que se habian arruinado por falta de medios ó de inteligencia. Por parte de las leyes, nada se ha omitido para fomentarlos; el producto de las minas no se cuenta en el número de bienes que obliga á un ciudadano á contribuir á las cargas extraordinarias del Estado: están señaladas penas contra los concesionarios, que le impidiesen beneficiar su mina, ya sea quitándole sus máquinas é instrumentos, ya poniendo fuego á su fábrica ó á los puntales que se ponen en los subterráneos, ya intrusándose en su pertenencia: porque las concesiones hechas á cada particular, están ceñidas á límites que no le es permitido pasar.

Nosotros entramos en estos subterráneos húmedos y enfermizos, y fuimos testigos de lo mucho que cuesta arrancar de las entrañas de la tierra esos metales, que están destinados á que no los descubran, ni aun los posean sino los esclavos.

A los costados del monte, cerca de los pozos, se han hecho fraguas y hornos adonde se lleva el mineral para separar la plata de las materias con que está mezclada. Comunmente lo está con una sustancia arenisca, encarnada y lustrosa,

de la cual se sacó por la primera vez, en estos últimos tiempos, el cinabrio artificial*.

Cuando se viaja por la Atica, es reparable el contraste que ofrecen las dos clases de obreros que trabajan la tierra. Unos, sin miedo y sin peligro, recogen sobre su superficie el trigo, vino, aceite y demas frutos de que les es permitido participar; en general están bien comidos y bien vestidos; tienen sus ratos de diversion, y en medio de sus afanes respiran un aire libre, y gozan de la claridad de los cielos: los otros, sepultados en las canteras de marmol, ó en las minas de plata, siempre expuestos á ver cerrarse la sepultura sobre sus cabezas, no los alumbra mas que un resplandor fúnebre en un ambiente denso, y muchas veces mortífero. ¡Sombras desgraciadas, á quienes no les queda sensibilidad sino para padecer, ni mas fuerzas que para aumentar el fausto de los amos que los tiranizan! Comparando unos con otros, se puede juzgar de cuáles son las verdaderas riquezas que la naturaleza destinaba al hombre.

No habiamos dado parte á Platon de nuestro viage á las minas; pero quiso acompañarnos al promontorio de Sunio, distante de Atenas cerca de trescientos treinta estadios*: allí hay un so-

* Este descubrimiento se hizo por el año 405 antes de J. C.

* Cerca de doce leguas y media: (cerca de 11 leguas de España.)

berbio templo de Minerva, de marmol blanco, y orden dórico, cercado de un peristilo, que como el de Teseo, al cual se parece en la disposicion general, tiene seis columnas de frente, y trece de lado. Desde la cima del promontorio se descubre, al pie del monte, el puerto y poblacion de Sunio, que es una de las plazas fuertes de la Atica.

Pero otro mayor espectáculo excitaba nuestra admiracion. Unas veces dejábamos correr la vista sobre las vastas llanuras del mar, y descansar despues sobre las perspectivas que nos ofrecian las islas vecinas: otras veces, ciertos recuerdos agradables parecia que aproximaban á nosotros las islas, que no alcanzábamos á ver, y deciamos: hácia aquella parte del horizonte está Tenos, donde hay valles tan fértiles, y Delos, donde se celebran tan pasmosas fiestas. Alexis me decia al oido: allí está Ceos, donde yo ví á Glicera por la primera vez. Filóxenes me enseñaba suspirando la isla que tiene el nombre de Helena; donde diez años antes, sus manos habian formado un monumento á la tierna Coronis, entre mirtos y cipreses, donde él iba en ciertos dias de cada año, á regar con lágrimas aquellas frias cenizas, todavía caras á su corazon. Platon, en quien los objetos grandes hacian mucha impresion, parecia tener su alma sumergida en los abismos, que la naturaleza ha abierto en el fondo de los mares.

A este tiempo se iba cargando el horizonte á lo lejos de vapores ardientes y sombríos: el sol se iba volviendo pálido: la superficie de las aguas, lisa y sin movimiento, se cubria de colores lúgubres, cuyos visos variaban sin cesar. Y a el cielo, cubierto y cerrado por todas partes, no ofrecia á nuestra vista mas que una bóveda tenebrosa, que penetraba la llama, y se cargaba sobre la tierra. Toda la naturaleza estaba en silencio, en espera y en un estado de inquietud, que se comunicaba hasta lo íntimo de nuestras almas. Buscamos asilo en el vestibulo del templo, y á poco vimos el rayo romper con golpes reiterados la barrera de tinieblas y de fuego que estaba suspensa sobre nosotros; las nubes densas rodaban en masas por los aires, vertiendo torrentes sobre la tierra: los vientos desencadenados, caian sobre el mar, y le conmovian hasta en sus abismos. Todo retumbaba, el trueno, los vientos, las olas, las cavernas, los montes; y de todo junto se formaba un ruido espantoso que parecia anunciar la ruina del universo. Habiendo redoblado el aquilon sus esfuerzos, fué la borrasca á descargar sus furores en los climas ardientes de la Africa. Seguimosla con los ojos, y la oimos bramar á lo lejos; el cielo volvió á brillar con una claridad mas pura, y aquel mar, cuyas ondas espumosas se habian elevado hasta los cie-

los, apenas impelia sus aguas hasta la playa.

Quedamos por algun tiempo inmóviles y mudos á vista de tan inesperadas y rápidas mudanzas; pero muy pronto nos recordaron aquellas cuestiones, que tantos siglos hace ejercitan la curiosidad de los hombres. ¿A qué se dirigen estas alteraciones y estas revoluciones en la naturaleza? ¿Se han de atribuir al acaso? ¿Pero de donde viene que se conserva siempre la íntima cadena de los seres, cuando está mil veces á pique de romperse? ¿Es alguna causa inteligente la que mueve las tempestades y las apacigua? De donde viene que arrojan rayos sobre los desiertos, y perdonan á las naciones culpables? Desde aquí subimos á la existencia de los dioses, á la confusion del caos, y al origen del universo, hasta que perdido ya el tino, suplicamos á Platon que rectificase nuestras ideas. Estaba este en un recogimiento tan profundo, que parecia que la voz terrible y magestuosa de la naturaleza, resonaba todavía en sus oidos. Instado al fin de nuestros ruegos, y de las verdades que le agitaban interiormente, se sentó en un asiento rústico, y habiéndonos hecho poner á su lado, empezó de esta manera:

¿Cuán débiles somos los mortales! ¿Podemos nosotros penetrar los secretos de la divinidad, cuando los mas sabios de nosotros, comparados con ella, no son mas que lo que un mono com-

parado con nosotros? Postrado á sus pies, le pido que ponga en mi boca palabras que le sean agradables, y os parezcan á vosotros conformes á razon.

Si tuviera que explicarme ante la muchedumbre sobre el primer autor de todas las cosas, sobre el origen del universo, y sobre la causa del mal, me veria en la precision de hablar por enigmas; pero en estos sitios solitarios, sin mas testigos que Dios y mis amigos, podré sin temor alguno tributar homenaje á la verdad.

El Dios que yo os anuncié, es un Dios único, inmutable, infinito. Centro de todas las perfecciones, fuente inagotable de la inteligencia y del ser, antes de hacer el mundo, antes de desplegar su poder *ad extra*, era, porque no ha tenido principio: era en sí mismo; y existia en los arcanos de la eternidad. No, mis expresiones no corresponden á la grandeza de mis ideas, ni mis ideas á la grandeza del asunto.

La materia, igualmente eterna, estaba en una fermentacion terrible, conteniendo en sí las semillas de todos los males, llena de movimientos impetuosos, que tiraban á reunir sus partes, y de principios destructivos, que las separaban al instante; susceptible de todas las formas, incapaz de conservar ninguna: el horror y la discordia andaban errantes sobre sus ondas agitadas. La confusion horrenda que

acabais de ver en la naturaleza, no es mas que una debil imagen de la que reinaba en el caos.

Dios, por su bondad infinita, habia resuelto desde la eternidad formar el universo, segun un modelo, presente siempre á sus ojos, modelo inmutable, increado, perfecto; idea semejante á la que concibe un artifice, cuando convierte la piedra tosca en un suntuoso edificio; mundo intelectual, de que este mundo visible no es mas que la copia y el trasunto. Todo lo que nuestros sentidos perciben en el universo, todo cuanto se oculta á su actividad, estaba delineado de una manera sublime, en aquel primer plan; y como el Ser supremo no concibe cosa que no sea real, se puede decir que produjo el mundo antes de hacerle sensible.

De esta manera existian, desde la eternidad, Dios autor de todo bien, la materia principio de todo mal, y este modelo, por el que habia decretado Dios ordenar la materia*.

Cuando llegó el instante de esta grande obra, la Sabiduría eterna dió sus órdenes al caos, y al punto agitó á toda la masa un movimiento fecundo y nuevo. Sus partes divididas antes por un odio implacable, corrieron á reunirse, abrazarse y encadenarse. Brilló por la primera vez

* Arquitas, antes de Platon, habia admitido tres principios: Dios, la materia y la forma.

la luz en las tinieblas: el aire se separó de la tierra y del agua, y estos cuatro elementos quedaron destinados para la composicion de todos los cuerpos.

Para dirigir los movimientos de ellos, Dios, que habia preparado un alma* en parte compuesta de la esencia divina, y en parte de la sustancia material, la revistió de la tierra, de los mares y del aire grosero, mas allá del cual extendió los desiertos de los cielos. De este prin-

* Los intérpretes de Platon, tanto antiguos como modernos, están discordes sobre la naturaleza del alma del mundo. Segun unos, Platon suponía, que siempre habia habido en el caos una fuerza vital, ó alma grosera que agitaba irregularmente la materia, y era distinta de ella: por consiguiente el alma del mundo se compuso de la esencia divina, de la materia y del principio malo, unido siempre con la materia. *Et divinæ naturæ portione quâdam, et ex re quâdam aliâ distinctâ à Deo, et cum materia sociatâ.*

Otros para vindicar á Platon de haber admitido dos principios eternos, uno autor del bien, y otro del mal, han dicho, que segun este filósofo, el movimiento desordenado del caos, no procedía de un alma particular, sino que era inherente á la materia. Contra esto se dice, que en su Fedro, y en su libro de las leyes, dijo claramente, que todo movimiento supone una alma que lo produzca. A esto se responde: que así es, cuando este movimiento es regular y productivo; pero el del caos era ciego y esteril, y así no estaba dirigido por una inteligencia; por lo que no se contradice Platon. Los que quieran enterarse mas de este punto, podrán consultar, entre otros, á CUDWORTH., cap. IV, § 15; á MOSHEIM., *ibid.*, not. k; á BRUCK., *Hist. philos.*, tom. I, pág. 685 y 704.

cipio inteligente, vinculado en el centro del universo, parten unos como rayos de llama, que son mas ó menos puros, segun están mas ó menos distantes de su centro; se insinúan en los cuerpos, y animan sus partes, y llegados á los límites del mundo, se difunden por su circunferencia, y forman al rededor una corona de luz.

Apenas esta alma universal quedó sumergida en este oceano de materia, que la oculta á nuestros ojos, cuando probó sus fuerzas conmoviendo muchas veces este gran todo; y girando rápidamente al rededor de sí misma, llevó tras sí todo el universo, docil á sus esfuerzos.

Si esta alma no hubiera sido mas que una porcion pura de la sustancia divina, su accion siempre simple y constante, no hubiera impreso á toda la masa mas que un movimiento uniforme; pero como la materia es parte de su esencia, introdujo variedad en el movimiento del universo. Así, mientras una impresion general, producida por la parte divina del alma universal, lo hace mover todo de oriente á poniente en veinte y cuatro horas; una impresion particular, producida por la parte material de esta alma, hace andar esta parte de los cielos en que nadan los planetas, de poniente á oriente, siguiendo ciertas relaciones de celeridad.

Para comprender la causa de estos dos mo-

vimientos contrarios, es menester observar, que la parte divina del alma universal, está siempre en oposicion con la parte material; que la primera se halla con mas abundancia hácia las extremidades del mundo, y la segunda en las capas de aire que rodean la tierra; y en fin, que cuando fué necesario mover el universo, no pudiendo la parte material resistir enteramente á la direccion dada por la parte divina, reunió los restos del movimiento irregular que la agitaba en el caos, y llegó á comunicarlo á las esferas que rodean nuestro globo.

Entre tanto el universo estaba lleno de vida. Este hijo único, este Dios procreado, habia recibido la figura esférica, que es la mas perfecta de todas; y estaba sujeto al movimiento circular, el mas sencillo y el mas conveniente á su figura. El Ser supremo tendió complacido la vista sobre su obra, y habiéndola comparado con el modelo que seguia en sus operaciones, reconoció con placer que estaban delineados en la copia los rasgos principales del original.

Pero habia uno de ellos que no podia entrar en la copia, el cual era la eternidad, atributo esencial del mundo intelectual, y del que no era capaz este mundo visible. No pudiendo estos dos mundos tener las mismas perfecciones, quiso Dios que las tuviesen semejantes. Hizo el tiempo;

esta imagen instable de la eternidad estable*; el tiempo que empezando y acabando sin cesar el círculo de los días y las noches, de los meses y los años, parece que no conoce en su curso, ni principio, ni fin, y mide la duración del mundo sensible, como la eternidad mide la del mundo intelectual; el tiempo en fin, que no habría dejado vestigios de su presencia, si no hubiese algunos signos visibles que distinguiesen sus partes fugitivas, y formasen el registro, por decirlo así, de sus movimientos. Con esta mira, el Ser supremo encendió el sol, y le lanzó con los demás planetas en la vasta soledad de los aires; donde este astro inunda el cielo con su luz, alumbra el camino de los planetas, y fija los límites del año, como la luna determina los de los meses. La estrella de Mercurio y la de Venus arrastradas por la esfera á que el sol preside, acompañan siempre sus pasos. Marte, Júpiter y Saturno tienen también periodos particulares y desconocidos del vulgo.

Al mismo tiempo, el autor del universo habló á los Genios, á quienes habia confiado el régimen de los astros, y les dijo: «dioses que me «debeis el ser, oid mis órdenes soberanas. Ningun derecho teneis á la inmortalidad; pero

* Rousseau, en su oda al principe Eugenio, tomó esta expresion de Platon.

«participareis de ella por el poder de mi voluntad, mas fuerte que los lazos que unen las «partes de que estais compuestos. Para perfeccionar este gran todo, resta llenar de habitantes los mares, la tierra y los aires. Si me «debiesen á mí inmediatamente la existencia, «sustraidos del imperio de la muerte, serian «iguales á los mismos dioses. Dejo, pues, á «vuestro cargo el producirlos. Depositarios de «mi poder, unid á esos cuerpos perecederos las «semillas de inmortalidad que vais á recibir de «mis manos. Formad en particular, seres que «manden sobre los demás animales, y os estén «sumisos; que nazcan por vuestras órdenes; «que crezcan por vuestros beneficios; y que «después de su muerte se reunan á vos, y participen de vuestra felicidad.»

Dijo, y vertiendo al punto en la copa en que habia amasado el alma del mundo, los restos que habia reservado de ella, formó las almas particulares; y reuniendo á las de los hombres una partícula de la esencia divina, las dotó de un destino irrevocable.

Entonces quedó determinado que nacerian mortales, capaces de conocer la divinidad, y de servirla: que el hombre tendria la preeminencia sobre la muger: que la justicia consistiria en triunfar de las pasiones, y la injusticia en rendirse á ellas: que los justos irian al seno de los

astros á gozar de una felicidad inalterable: que los demas serian transformados en mugeres: que si continuaba su injusticia, volverian á aparecer bajo diferentes formas de animales, y en fin, que no serian repuestos en la dignidad primitiva de su ser, hasta haberse hecho dóciles á la voz de la razon.

Despues de estos decretos inmutables, sembró el Ser supremo las almas en los planetas; y habiendo ordenado á los dioses inferiores que las revitiesen sucesivamente de cuerpos mortales, proveyesen á sus necesidades, y las gobernasen, volvió á entrar en su descanso eterno.

Al punto las causas segundas tomaron particulas de materia de los cuatro elementos, las unieron entre si con lazos invisibles, y pusieron al rededor de las almas las diferentes partes de los cuerpos, destinados á servirles de carros para llevarlas de una parte á otra.

El alma inmortal y racional fué puesta en el cerebro, ó en la parte mas eminente del cuerpo, para arreglar los movimientos de él. Pero ademas de este principio divino, los dioses inferiores formaron un alma mortal, privada de razon, donde debian residir el deleite que atrae los males, el dolor que ahuyenta los bienes, la audacia y el miedo que solo aconsejan imprudencias, la ira tan difícil de calmar, la esperanza tan facil de seducir, y todas las pasiones fuertes, patrimo-

nio necesario de nuestra naturaleza. Esta alma ocupa en el cuerpo humano dos regiones, que están separadas por una division intermedia. La parte irascible, dotada de fuerza y de valor, fué puesta en el pecho, en donde mas inmediata al alma inmortal, puede escuchar mejor la voz de la razon; y donde por otra parte concurre á moderar su impetuosidad el aire que respiramos, las bebidas que apagan nuestra sed, los vasos mismos que distribuyen los líquidos por todas las partes del cuerpo. En efecto, por este medio viene la razon en conocimiento de los primeros esfuerzos de la ira, avisa á todos los sentidos con sus amenazas y voces, les prohibe dar auxilio á los excesos culpables del corazon, y le mantiene á pesar suyo en la dependencia.

Mas lejos, y en la region del estómago quedó cautiva la otra parte del alma mortal, que se ocupa solamente en las necesidades groseras de la vida; animal ansioso y feroz, colocado lejos de la mansion del alma inmortal, para que sus rugidos y gritos no turbasen sus operaciones. Sin embargo, el alma inmortal conserva siempre sus derechos sobre el alma mortal: y no pudiendo gobernarla por la razon, la subyuga con el temor, pintando en el hígado, viscera brillante y tersa, cerca de la cual está situada el alma mortal, los objetos mal propios para espantarla; de manera que entonces no ve en este espejo

mas que arrugas horribles y amenazadoras, y espectros pavorosos que le llenan de pesar y disgusto. Otras veces, tras estas pinturas fatales, se presentaban otras mas dulces y agradables, con lo que reina entonces la paz en torno de ella, y entonces tambien, durante el sueño, prevé los sucesos venideros: porque los dioses inferiores, encargados de darnos todas las perfecciones de que éramos susceptibles, han dispuesto que un rayo de verdad iluminase á esta porcion ciega y grosera de nuestra alma. Este privilegio no puede serlo del alma inmortal, pues lo venidero nunca se descubre á la razon, y solamente se manifiesta en el sueño, en la enfermedad y en el entusiasmo.

Las calidades de la materia, los fenómenos de la naturaleza, la sabiduría que resplandece particularmente en la disposicion y uso de cada parte del cuerpo humano, y otros muchos objetos dignos de la mayor atencion, me distraerian demasiado, y así vuelvo á lo que me propuse al principio.

Dios no pudo hacer, ni hizo sino el mejor de los mundos posibles, porque trabajaba en una materia tosca y desordenada, que continuamente oponia la mayor resistencia á su voluntad. Esta oposicion dura todavía; y de aqui vienen las tempestades, los terremotos, y todos los trastornos que suceden en nuestro globo. Los dioses

inferiores, al formarnos, se vieron obligados á emplear los mismos medios que él, y de aqui proceden las enfermedades del cuerpo; y las del alma, mucho mas peligrosas todavía. Todo lo bueno que hay en el universo en general, y en el hombre en particular, se deriva del Dios supremo: todo lo que es defectuoso, viene de la imperfeccion inherente á la materia.

